

Tal fué el pensamiento que presidiera á la fundacion de esta piadosa congregacion de la vela perpetua, pensamiento grandioso y consolador! porque su institucion tiene por objeto tributar al Hijo de Dios, á Jesucristo un culto particular de adoracion, constante en ese misterio que encierra las maravillas todas de la sabiduria de un Dios, el esfuerzo supremo de su poder y los carismas incomprensibles de su infinita caridad. Jesucristo es exclusivamente el objeto de estos obsequios que ofrece la piedad cristiana, él forma el mas magnifico ornamento de estas demostraciones que recibe en la Sagrada Eucaristia, como Señor, como Pontífice eterno y como Dios del universo; porque ese misterio inefable está revelando el compendio de cuanto mas grande pudo inventar la inteligencia divina, de cuanto mas admirable pudo realizar la Omnipotencia, y de cuanto mas rico pudo dar un corazon abrasado de una caridad inmensa. No es, pues, una figura, un recuerdo, es la realidad, es el misterio del amor que el cielo atónito contempla, y la tierra adora con estupor profundo; es Jesucristo mismo, su cuerpo, su alma, su sangre, su divinidad bajo esas especies sacramentales para vivir y conversar con los hombres en los altares de un pueblo que eligiera para ser el heredero de sus promesas y el perpetuo custodio de sus tesoros infinitos. ¿No es éste, venerable congregacion, el grandioso objeto de vuestra sagrada institucion? ¡Oh! por eso, ya que con tanto fervor os obligais á velar, á hacer la guardia á vuestro Rey y quemar en su divina presencia los suaves y deliciosos perfumes de la oracion, para indemnizarle de los ultrajes que todos los dias recibe en el adorable Sacramento, yo os quiero hablar en esta vez acerca de la constancia con que debéis velar, y del espíritu fervoroso que debe acompañar vuestra oracion, según los fines de vuestra sagrada institucion. Estas ideas formarán el objeto de vuestra atencion. Ave Maria.

Los profetas señores habian visto de lejos al Mesias con todos aquellos rasgos sublimes y divinos que lo caracterizarán un dia sobre la tierra. Los patriarcas le habian anunciado bajo diversos tipos y figuras, y el paganismo habiale traslucido tambien por entre sus absurdas teogonias. Por espacio de cuarenta siglos todas las ideas parecen reasumirse en espectacion de ese hombre Dios; todo esto no era sino el grito de la humanidad, que en todos los tiempos, en todas las edades y en todos los lugares enviaba la divinidad deseosa de su presencia; pero llegaron la plenitud de los tiempos y los dias de misericordia, de salud y reconciliacion eterna entre el cielo y la tierra, esos dias tan deseados por tantos siglos, en los que la realidad vino á reemplazar á las figuras, la verdad á los tipos y el Dios del cielo á las falsas divinidades del Olimpo. El hombre, en fin, ha visto, oído y tocado á su Dios; ¡qué pues le restaba á ese hombre Dios sino volver al cielo de donde le hiciera descender su amor sobre la tierra para llenar los deseos y satisfacer las necesidades todas de la humanidad enferma y degradada? ¡Oh! bien pudo hacerlo así puesto que antes de consumir su sacrificio habia realizado el prodigio mayor y mas grande que caber pudiera en los secretos profundos de su Sabiduria infinita, en su inmenso poder y en su caridad sin limites, para perpetuar por siempre su real presencia entre los hijos de los hombres. ¡Y cómo? Fijad, señores, la vista en ese Sagrario, ahí teneis el Tabernáculo de Dios con los hombres, allí está Jesucristo que ha querido quedarse con los hombres en el Sacramento hasta que el mundo se acabe. *Ecce*. En ese Sacramento en que ha ocultado todos los atributos de su divinidad y aun los de su humanidad santísima, es precisamente en donde plugo á su sabiduria, á su omnipotencia y á su amor mostrarse verdadero Dios, verdadero hombre, Rey eterno y soberano del universo; porque no es ya el poder directo de la palabra, ni el poder de la vision el que demuestra la presencia real del increado, del inmenso, del infinito, del Supremo artífice y legislador en medio de la huma-

nidad. El poder, señores, de la humillacion, del abatimiento, de la debilidad y del anonadamiento mas profundo, es el que por el transcurso de veinte siglos viene confundiendo y convenciendo á todas las generaciones incrédulas, que Dios está y vive con nosotros, que Jesucristo reside real y verdaderamente en nuestros altares con idéntica magestad y grandeza que allá en las altas cumbres de los cielos, que él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo redimido. *Eccc, etc.*

¡Oh! pero los tiempos han cambiado, señores, y el mundo ha experimentado una trasformacion sorprendente. Ya no es el pueblo de Israel quien tiene derecho á gloriarse de sus grandes privilegios, de sus inmensas riquezas, y de esa predileccion que formara un día su exclusivo patrimonio; sus promesas han pasado á otra nacion, sus títulos de gloria han sido trasmitidos á otro pueblo; otra estirpe ha recojido su herencia, y mientras él viera caducar sus antiguos ritos, desaparecer sus ofrendas, hundirse sus altares, arruinarse su templo y ser reducida á escombros la ciudad santa de Sion; y en tanto que él solo conserva de su pasado poderío un recuerdo triste y un amargo despecho, otro pueblo mas dichoso, poseedor de la realidad y de las promesas, rico con los dogmas que aquel solo vislumbrara por entre misteriosas sombras, es el único que puede gloriarse de ser el gran legado que el Eterno dió á su Hijo ¡Pueblo dichoso! Esa gloria, señores, que el caudillo de los hebreos evocaba un día para su pueblo, ha sido trasladada exclusivamente al nuevo pueblo, él es el poseedor de tan inestimable tesoro, en él ha fijado su residencia aquel Señor que solo en símbolos misteriosos se dignara habitar en los tabernáculos de Israel; allí podia aparecer grande y magestuoso, por el aparato deslumbrador, ora por la riqueza de los objetos destinados al culto, ora por la magnificencia de los holocaustos, ya por el fausto y ostentacion de los ministros que servian al altar, como por la profusion de los dones que cubrian el propiciatorio. Pero ¡qué otra cosa sino sombras y geroglíficos, emblemas y figuras de la divinidad era lo que aquel pueblo

poseía? No así el pueblo cristiano, porque él es la verdadera Jerusalem descendida del cielo y preparada como una esposa para recibir y conservar en su recinto al esposo divino; sí, él le tiene incesantemente en sus templos, le adora en sus altares, le venera en sus sagrarios y le tributa sus homenajes bajo esos cándidos accidentes; porque sabe y está cierto de que á pesar de esas esterioridades que desmienten los sentidos, en ese pan misterioso reside la divinidad corporalmente para desafiar á todos los siglos que la han impugnado, para anatematizar á todas las pasiones que la han negado, para humillar á todos los géneos soberbios que intentaran amancillarla con sus plumas impias, para reprobar á todas las inteligencias que la han blasfemado, y para anonadar á todos los poderes que se han alzado contra ella. Admirad, señores, la Omnipotencia de la oscuridad, y adorad llenos de fe en ese tabernáculo al árbitro Supremo de los destinos de la humanidad; porque allí está en esa hostia cándida el Dios del tiempo, el Dios de la eternidad; el que tiene por sólo las nubes, la tierra por peana de sus pies y las naciones todas del orbe por límites sin imperio; allí está el Dios de magestad ante quien tiemblan las columnas del firmamento y se arrodillan las mas sublimes inteligencias; el Dios de grandeza, que allá sobre las encumbradas montañas del Sinaí, al resplandor del relámpago y entre el ruido del trueno hiciera sentir un día el poder invisible de su diestra omnipotente. Es verdad que no le contemplais apoyado su pié sobre las nubes, ni llevado en las alas de los vientos, ni entre el pauroso bramido de los torbellinos; cual lo viera el Salmista; pero adorais al mismo que llenó de luz al mundo, que tantos beneficios derramó sobre los pobres y los desgraciados, al mismo á quien obedecen los aquilones, ante quien retroceden los mares, á cuya presencia tiembla el infierno, se humilla el cielo, cruje, bamboleáase el orbe, y las criaturas todas llenas de pavor exclaman: ¡Gran Rey de los cielos, ¡quién no te temerá?

Este fué, señores, el grito universal de los hijos de Israel por muchos años, sin tener un solo día de confianza filial mientras la caridad de Jesucristo no llenaba el inmenso espacio que mediara entre Dios y el hombre. Pero luego que se manifestó el misterio de Cristo y se reveló al mundo el gran sacramento de piedad y de ternura divinas, quedó abierto por siempre en favor de la humanidad un océano inagotable de misericordia, de confianza y de amor, pues que pasada la época del terror reinó solo el amor en el Dios de los cristianos, porque él nos ha amado con caridad perpétua, eternamente, infinitamente como á sí mismo, y tanto nos ha amado, que ni su corazón puede amar mas al hombre, ni hay en el hombre mas capacidad para ser amado. *Sicut dilexit* ¡Y quién al contemplar tanto amor, habrá que no tenga por el mas alto honor una ocupacion que le asemeja á los ángeles, y no desee morar siempre al lado de ese Rey magnífico, que no cesa de derramar los tesoros y gracias sobre cuantos se acercan á él, llenos de fé, esperanza y amor? Nunca, señores, como en nuestros dias han llegado á preponderar esas doctrinas de la deificación general. Se pretende á toda costa que todos seamos Dioses; pues bien, esa teoría que el hombre ha corrompido con las doctrinas disolventes, tiene su realidad en el sagrado sacramento de nuestros altares. Allí es donde Jesucristo vive con el hombre, allí se dá ese manjar y bebida al hombre, allí se identifica, se incorpora, se hace una misma cosa con él, y estrechándose con el lazo mas indisoluble a la divinidad, puede decir con el apóstol, no soy yo quien vive sino Jesucristo es quien vive en mí ¡y quién entónces será capaz de separarlo del amor de mi Dios? La angustia, la tribulacion, el hambre, los peligros, la presuncion, la muerte? Nada de esto, pero ni los ángeles, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Jesucristo Sacramentado.

Hé aquí la digna ocupacion y la mision sublime que venís cumpliendo, ilustres congregantes; ved, pues, si deben estar puras las manos que sostienen esos cirios, sím-

bolos misteriosos de los resplandores de la divinidad que habita realmente en esos sagrados tabernáculos; esas luces, digo, mucho mejor que aquella estrella que condujo en otro tiempo al establo humilde de Belen, á los reyes de Tarsis, de Arabia y de Sabá, conducen hoy á los cristianos á la presencia de Jesus Sacramentado, y parece que les dicen: ¡Venid y adoremos al Señor, porque es nuestro Dios! Ved si deben estar limpios de todo pecado unos corazones consagrados á repetir el cántico celestial de los adoradores del Cordero. ¡Oh! no desmintais con obras indignas de vuestra vocacion ese testimonio público de nuestra fe que venís dando al catolicismo. Imitad la santidad de los ángeles, ya que aquí sois sus representantes en el loable ejercicio de velar, adorar al Señor y repetir sus alabanzas. Si los reyes de la tierra, señores, cuya grandeza deslumbradora viene al fin á desaparecer, disipándose como el humo, no permiten ser custodiados sino por hombres ricos en méritos y acreedores á toda su confianza, Dios que castiga á los reyes con vara de hierro y despedaza los cetros y las coronas cual si fueran vasos de barro, ¿permitirá para su vela perpetua hombres abrumados bajo el peso de la iniquidad, corazones corroidos por el encono y devorados por la venganza, pechos insensibles á las tiernas y dulces emociones de la misericordia y del amor? y entónces, piadosos congregantes, ¿qué podia esperar el cristianismo de una institucion eminentemente religiosa? ¿qué otra cosa podia prometerse sino ruinas, desolacion, desventura, lágrimas? ¡y cómo no habia de llorar al ver que una asociacion tan ilustre, cimentada en su origen sobre piedras tan preciosas como el zafiro y el esmeraldo, y enriquecida un día con el oro de las mas hermosas y heroicas virtudes, si ahora no presentara en sus individuos sino piedras dislocadas, ennegrecidas con el humo de la indiferencia, del olvido y de las pasiones? ¡y si se apagará la fe de nuestros mayores, que en el Santuario de esta congregacion se ha conservado por tantos años cual fuego sagrado, con la misma actividad que en el dia en que el gran Pontífice

la encendió en el horno santo de Jerusalem? si despareciera ¡qué sería de vosotros encargados de alimentar y conservar esas lámparas, las dejariais apagar con vuestra frialdad é indiferencia? ¡qué sería? Pero nó, vosotros os empeñais á fin de evitar tan grandes males, desarrollando una infatigable constancia en hacer la guardia ante el Señor Sacramentado.

Por eso, mientras allá en el seno de la infiel Babilonia se levantan por todas partes gritos y execraciones horribles contra Jesucristo, aquí se oyen á su vez los gemidos del piadoso congregante del alumbrado y vela continua, que repite sin cesar con los ancianos del Apocalipsis y los demás que circundan el trono del Señor: «Digno sois de recibir la gloria, la virtud, el poder y las alabanzas de todas las criaturas; bendición, magnificencia y honor inmortal al Cordero por los siglos de los siglos;» y estos acentos elévanse como humo misterioso, penetran los cielos y llegan hasta el sòlio de la magestad divina, y sus olorosos perfumes aromatizan aquel sagrado recinto é indemnizan al Dios sacramentado de tantos ultrajes como recibe todos los dias aquí en la tierra. ¡Qué ocupacion tan digna! ¡qué práctica tan sublime, tierna y consoladora! ¡y habrá quien no rivalice en fervor y entusiasmo por rodear el trono del Rey manso, velando dia y noche? ¡y habrá quien no adore á Jesucristo en ese Sacramento? ¡habrá quien no le ame? ¡quien pueda olvidar-se que por nosotros y por nuestra salud se quedara Sacramentado? Nó, exclaman á una voz los piadosos congregantes. ¡Oh Señor! doquiera que estuviéreis ó para vivir ó para morir, allí estará constante tu siervo.

Tales son, señores, los sentimientos que brotan de los enardecidos pechos de los piadosos congregantes de la vela perpetua, ¡y quién dudará de que este ejercicio es el más justo, el más digno, y el más aceptable en la presencia del Señor? Pero no es menos cierto que dejaría de ser tal si no lo acompañaran esas disposiciones interiores que forman la parte esencial de esta piadosa sociedad, como os lo voy á hacer ver.

No basta señores orar para alcanzar las divinas misericordias. Poco importa que nuestras cervices se curven ante el acatamiento de la magestad divina si al mismo tiempo no se humilla nuestro corazón; inútilmente le ofreceremos sublimes y tiernas plegarias, si no le hacemos el sacrificio de nuestras pasiones; en vano los lábios entonanán himnos de gloria, alabanza y accion de gracias, si nuestras almas no son una hostia pura y una oblacion immaculada; el murmullo de nuestras palabras no hará mas que fatigar sus oídos, el fariseo oraba en el templo de Jerusalem, oraba Antiocho en el lecho de la muerte, pero ni la plegaria de éste, ni la oracion de aquel, pudieron alcanzar la clemencia del cielo; porque escrito está que no todos los que dicen ¡Señor, Señor! penetrarán aquellas puertas eternas; la compuncion verdadera es la expresion del alma; si ésta no se halla herida de un dolor penetrante, íntimo, y convertida á su Dios, en vano los ojos verterán torrentes de lágrimas; en ellos mismos quedará anegada la oracion del impio, porque el Señor ha protestado, que le tiene fastidiado el olor del incienso que ante sus aras queman los hipócritas, que fatiga sus oídos el ruidoso murmullo de los lábios del pérfido, que las ofrendas del impuro le son abominables, y sus solemnidades objeto de su desprecio. Y si esto era, señores, allá cuando solo con figuras se mostrara el Señor á su pueblo, ahora que real y verdaderamente se manifiesta al pueblo cristiano en ese adorable sacramento de amor ¡podrá aceptar las oraciones y homenajes de unos hombres que no son verdaderos adoradores del Padre celestial en espíritu y en verdad? ¡Nos franquearia los inestimables tesoros de su corazón aquel Dios de amor y de clemencia que desde el ara santa, no solo convida á los grandes y á los pequeños, á los poderosos y á los miserables, á los fuertes y á los débiles, á los sábios y á los ignorantes, á las gentes de toda nacion y de todo lábio, con verdades que ilustran, con virtudes que enseñan y con gracias que sostengan sus pasos vacilantes, sino á embriagarse con su sangre preciosa, si por medio de aquella oracion humilde y

fervorosa que sola puede abrir las puertas de sus inagotables tesoros no procurásemos tener propicia su divina misericordia?

¡Oh! cuán eficaz sería nuestra oracion en presencia de ese Sacramento inefable, si ella fuera dirigida por los sentimientos tiernos y sinceros que brotan de un corazon contrito y humillado; si anonadados como el publicano delante de la magestad de nuestro Dios, y confundidos á vista de nuestra infinita miseria, exclamáramos de lo íntimo de nuestra alma: ¡Señor, mostraos propicio á este pecador! ¡Ah! entónces, piadosos congregantes, entónces sí, llenos de fe y animados de confianza podeis esperar que vuestra oracion tenga todo el efecto que deseais, cuando conforme al espíritu de vuestro sagrado instituto practiqueis este santo ejercicio de la vela perpetua delante de Jesus Sacramentado, entónces..... pero ¿cuándo mas que ahora debeis vigilar, orar y redoblar vuestro fervor para que las súplicas, la oracion, lleven marcado el carácter de la verdadera compuncion y de la humildad mas profunda? Ahora que por todas partes se escucha el espantoso grito de esterminio del templo y del altar; ahora, en presencia de Jesucristo Sacramentado, para dissipar esas densas nubes que se estienden por todo el horizonte católico; ahora que tan de cerca vemos esa tempestad desecha que pesa sobre nuestras cabezas; ahora que todos los errores antiguos y modernos se manifiestan con toda su deformidad en un solo cuerpo semejante al del dragon que viera S. Juan vomitando execrables blasfemias contra el nombre de Dios, contra su tabernáculo y contra todos los que habitan en el cielo.

A vista de ese cuadro espantoso ¿dejariais de compungiros no menos que aquel apóstol que gemia y sollozaba cerca del trono del Cordero, por no haber quien abriera el sello misterioso del gran libro? ¿no uniriais como él vuestros acentos á los de aquella multitud de ángeles y ancianos y animales misteriosos, para reparar los ultrajes hechos á la magestad de nuestro Dios, repitiendo poseidos del mas sublime y exagerado entusiasmo religio-

so, digno es el Cordero de recibir la virtud, el honor, la divinidad y la gloria? ¿cómo no clamaréis delante de ese tabernáculo, en un tiempo en que el génio del mal recluta por todas partes sin descanso prosélitos contra Dios y contra su Cristo? ¿En dónde, pues, podiais prometeros un lugar seguro contra esa tempestad que agita violentamente todos los espíritus y los arrastra ignominiosamente á la impiedad, á la indiferencia y al olvido de las verdades eternas? ¡Oh! aquí señores, aquí en el seno de esta congregacion hallarán todos armas para defenderse de la seduccion y de todos los errores de la época. ¿Y quién podrá dudar que sola la oracion del justo es la única que puede alcanzar los favores del cielo, y hacer que se derramen sobre la tierra verdades, luces y gracias en abundancia infinita? Tal es la verdad, señores, pues lo que no pudieron conseguir en otro tiempo las armas del pueblo hebreo en los campos enemigos, lo alcanzó la oracion del humilde Moysés, que levantara sus manos hácia el cielo. ¿Pero dejó jamás el Señor de escuchar la oracion y las lágrimas de una alma virtuosa é inocente? Registrad los anales del antiguo pueblo y vereis á la voz de la oracion, reinos conquistados, peñascos convertidos en manantiales de aguas puras; encadenados y como obedientes todos los elementos; y si esto sucedia en la ley del terror, ahora que tenemos la indefinible dicha de tener real y verdaderamente á Nuestro Señor Jesucristo, que lo poseemos en nuestros tabernáculos, desde donde como Pontífice eterno, eleva sin cesar sus clamores y sus lágrimas al trono de su Padre, ofreciéndole sus méritos en indemnizacion de nuestras culpas. ¿Dudaremos de su clemencia, de su amor y del éxito de nuestras oraciones, si ellas son la expresion sincera y humilde del arrepentimiento? Nunca, porque su palabra es infalible.

A vista de esto, velad, piadosos congregantes, orad sin descanso, venid y derramad vuestros corazones ante los santos Sagrarios; porque ésta es la casa de oracion para todas las gentes; entren pues en ella, el jóven y el anciano.

no, oren humildemente, oren con lágrimas de dolor profundo, porque como dice el Profeta, llegados son los dias en que la bella hija de Sion perdido há toda su hermosura, y sus hijos caminan descarriados; oren el sacerdote y el levita y cuantos sirven el ministerio santo; oren con grandes gemidos, porque enlutados están los caminos de Sion; oren la doncella y la virgen inocente, porque irritado el Señor por los pecados de su pueblo allá en su furor ha destruido los baluartes de la virgen de Judá; oren el infante y el párvulo porque ven disminuidas las verdades entre los hijos de los hombres, y que disminuyendo van tambien los que les repartian el pan de vida eterna, al mismo tiempo en que crecen prodigiosamente profetas falsos que les propinan el veneno en dorada copa; oren las madres cristianas, derramen día y noche como agua sus corazones en presencia de Jesus Sacramentado; hagan venir á manera de torrentes las lágrimas, levanten hácia á él sus manos maternas en favor de unos hijos, á quienes ven tal vez perecer, víctimas de la irreligion y de todos los delirios del siglo en que vivimos. Oremos todos con humildad profunda, y penetrados del mas respetuoso temor, preguntemos al Señor: ¿Cómo es que en medio de su cólera cubrió de oscuridad á la inclita Israel, retiró su diestra y encendió en Jacob un fuego devorador, que abrasa y consume las preciosidades de su culto, y lá magnificencia de su tabernáculo?

No quiero contristaros, hermanos míos, ofreciéndoos un cuadro tan horrible en un dia en que presentais un espectáculo verdaderamente tierno y consolador; velad, sí, piadosos congregantes; que vuestra oracion sea siempre constante, humilde, fervorosa, confiada y reverente; que no se oigan aquí en presencia de Jesucristo Sacramentado, los acentos presuntuosos del fariseo, sino las lágrimas del publicano, que adoren todos los pueblos, naciones y tribus de la tierra al Señor oculto en ese Sacramento, y que todos reunidos formemos un armonioso concierto de alabanzas y bendiciones al Rey inmortal de los siglos.

¡Oh Dios de magestad y grandeza! dignaos aceptar los obsequios que os ofrece esta piadosa congregacion; á vos pertenece el honor y la gloria, la bendicion y la virtud, la divinidad y el poder; bendigan vuestro nombre santo todas las lenguas del universo, y queden confundidos por siempre vuestros enemigos; que uno sea el eco que repitan los mares, los rios y las montañas; y en los cielos y en la tierra, dígase siempre: á Dios sea dada honra y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

VEAADOR DEL SMO. SACRAMENTO.

DE LA PARROQUIA DE SAN JUAN POR EL SR. CURA.

El tabernáculo.

Yo estubo con vosotros para la comunión...

Yo estubo con vosotros para la comunión...

Yo estubo con vosotros para la comunión...

Quando los grandes acontecimientos que conmueven á la sociedad son advertidos que el Señor toma las armas para castigar los delitos públicos hechos por los hombres, el hombre debe humillarse ante el Señor y atribuir á él la misericordia.



Faded text at the top of the left page, likely bleed-through from the reverse side.

SERMON

DEL

VELADOR DEL SMO. SACRAMENTO,

predicado

EN LA PARROQUIA DE VERACRUZ POR EL SR. CURA

D. Francisco Flores.

Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

S. Mateo, 28, 20.

Venid á mi todos los que estais agobiados de penas, y yo os consolaré.

S. Mateo, 11, 28.

Cuando los grandes acontecimientos que conmueven á la sociedad nos advierten que el Señor toma las armas de su justicia para castigar los ultrajes públicos hechos á su divina magestad, el hombre debe humillarse ante esa justicia por sus súplicas, y atraer á él la misericordia

con sus oraciones, porque es el tiempo de la visita del Señor. Pero enagenados por la rapidez de los acontecimientos, preocupados de negocios y de temores, olvidamos levantar nuestros ojos hácia las montañas donde reside Aquel que con una sola palabra puede darnos la paz. Del seno de la tribulacion deberiamos lanzar un grito hácia el cielo para implorar el socorro divino y no pedir á las cosas humanas una proteccion que no pueden darnos: debíamos recurrir á la oracion segun los consejos del divino Maestro y no descansar en el porvenir sobre el cual la Providencia en su bondad ha puesto un oscuro velo.

Así Dios, á quien abandonamos, parece apartar sus ojos de nuestras desgracias, y su mano que no debía abrirse mas que para derramar sobre la tierra mil bendiciones, la obligamos á que lance sobre nosotros los dardos de su cólera. El arrepentimiento, la oracion, tienen el secreto de penetrar hasta su corazon; pero ¿quién se hiera el pecho y se pone de rodillas para orar? No tenemos en nuestros templos y bajo estas bóvedas á Aquel que manda á los vientos y á las tempestades? Voy á hablar de la necesidad que tenemos de aplacar á Jesucristo por nuestras adoraciones y de implorar su misericordia con nuestros continuos homenajes. Antes imploremos la gracia del Espíritu Santo. Ave Maria.

Faded text at the top of the right page, likely bleed-through from the reverse side.

La luz que resplandecía sobre el tabernáculo de la antigua alianza, la columna de nubes que marchaba delante del pueblo de Israel para protegerlo y conducirlo, todas estas señales sensibles de la presencia del Altísimo llenaban de admiracion á Moysés, excitaban en su corazon sentimientos de reconocimiento que expresaba entonando cánticos que repetian con trasporte los hijos de los

hebreos. Parecía á este gran profeta que no podían existir entre el Criador y la criatura relaciones más íntimas y que el cielo no podía inclinarse hácia la tierra con más misericordia. "No hay en efecto, decía, otra nación, por poderosa que sea, que tenga dioses tan cercanos á ella, como nuestro Dios está cerca de nosotros y presente á todas nuestras oraciones." Este lenguaje de admiración debe escaparse de nuestros labios cuando contemplamos el poder milagroso que tiene el sacerdote de la nueva ley; de hacer aparecer sobre nuestros altares, no los signos de la divinidad sino la divinidad misma, cuando volvemos nuestras miradas hácia este santuario donde habita el Santo de los Santos ocultando su magestad bajo las apariencias de un pan. Si, los cristianos debemos asegurar que ninguna nación, por grande y privilegiada que haya sido, ha tenido un Dios más propicio. No temais que el trueno del rayo ó el relámpago que inflama la nube vengan á llenar de espanto al tímido adorador que se presenta á los piés de su divino Maestro: "Venid á mí todos los que estais agobiados de penas y yo os consolaré." Hé aquí las dulces palabras que salen de la arca santa para atraer y afirmar nuestra alma si ella vacila. El temor de la muerte no nos impide el acceso á esta montaña bendita; el autor de la vida nos llama aquí. Un querubin con su espada de fuego no cuida la puerta de este lugar de delicias; el acceso es fácil á todos porque la paz reina sobre la frente de los ángeles que rodean al Dios de la paz. Mas porque Jesucristo desciende á esta inefable familiaridad, y porque su misericordia lo tiene cautivo en nuestros tabernáculos, ¿lo dejaremos en una soledad que acusa nuestra fe y condena nuestra tibieza? ¿El cristiano ha de pasar delante del templo donde reside Dios con la indiferencia del pagano que no le conoce, ó con el desprecio del incrédulo que le ultraja? ¿El Dios oculto será para nosotros el Dios desconocido? No, visitémoslo en su santuario para descubrirle las enfermedades que quiere curar, para dirigirle las oraciones que quiere escuchar, para depositar á sus piés el humilde tributo de nuestras

adoraciones y presentarle una retractación llena de arrepentimiento.

2 La lectura sola del Evangelio tiene un encanto secreto que no tienen los otros libros. ¿Se encuentra el hombre con la conciencia agitada por los remordimientos? que lea su propia historia en aquella del hijo pródigo y renacerá á la esperanza, mirando con qué efusión de ternura recibe un padre en sus brazos á un hijo que cree para siempre perdido. ¿Está el pobre expuesto á sucumbir bajo los rigores de la indigencia? El peso de su miseria vendrá á ser más ligero, cuando oiga al Salvador hablarle del cuidado que tiene la Providencia de vestir á los lirios de los campos y dar alimento á los pájaros del cielo. "Que no haya tenido la fortuna, se dirá leyendo la vida del Redentor, de ser el contemporáneo del hombre Dios para verle, oírle y abrirle mi corazón! Dichoso Lázaro que dió hospitalidad al Mesías! Dichosa la Samaritana sacando de la misma fuente de la vida las aguas que saltan hasta la vida eterna! Estos piosos deseos son plenamente satisfechos cuando entráis en nuestras Iglesias; aquí está ese mismo Jesús que pasaba haciendo el bien; esa luz que hacía la gloria de Israel. El hombre Dios bajo los velos eucarísticos está vivo. Entrado de nuevo en ese misterioso silencio que no romperá más que sobre el trono de su divina justicia, habla á nuestra alma; del fondo de su santuario arroja sobre nosotros una mirada de misericordia para atraernos é invitarnos á honrar amargamente nuestros pecados y nuestra ingratitude. ¿No es así cristianos? ¿no haceis profesión de esta fe cuando venís á adorarlo? Suponed que un infiel oyé por la primera vez la explicación de este dogma, y que iniciado en la profundidad de este misterio y admirado de tanta bondad, entra en nuestros templos para unirse á los adoradores del Dios de los cristianos. ¿Cuál será su sorpresa al ver reinar en nuestros altares la soledad y el silencio del desierto? Qué! se diría, está aquí el santuario del Dios terrible y no se oyé un solo suspiro para desahogar su cólera, mientras que por fuera todo resuena con el

gozo profano? Aquí está la casa del Padre de las misericordias y no hay manos suplicantes que se eleven hácia su trono para hacer descender la misericordia y el perdon? Aquí reside el Dios que vino al mundo para curar todas las enfermedades, consolar todos los dolores, enjugar todas las lágrimas, y no se encuentran en su presencia ni culpables, ni pobres, ni afligidos? No, estos templos no son la morada de Dios. Hé aquí los pensamientos que haría nacer en el espíritu de un infiel el abandono en que tenemos al Hijo de Dios en la Eucaristía.

3 Hay pues una contradicción bien estraña entre nuestra creencia y nuestras obras, y por consiguiente se nos puede dirigir este humillante reproche: "En medio de vosotros está uno á quien no conocéis," y éste es Aquel mismo que descendió de los cielos para rehabilitar á la humanidad decaída: el que asociado á todas nuestras penas ha querido conocer todas nuestras miserias, no encontrando nombre mas dulce para atraernos á él, que llamarse nuestro hermano; pero á este hermano lo tratamos como á un extranjero. Ese don que nos ha hecho de sí mismo, no es á nuestros ojos mas que un don sin valor y que no comprendemos. Ese pan que los ángeles nos envían no es para nosotros mas que un alimento vulgar; y ese sacrificio diario de la víctima sin tacha, de la hostia pacífica, no tiene mas estimación para nuestra fe espirante que el sacrificio grosero de los cabritos y de los toros! Para expiar al pié de los altares esa vergonzosa indiferencia, y reparar el ultraje que hace al amor de nuestro Dios, yo os exhorto á la adoración perpetua de Jesus en el sacramento de la Eucaristía.

4 La antigua ley habia designado ciudades de refugio donde se encontraba un abrigo seguro contra la venganza y las persecuciones del enemigo. Nuestros templos, los tabernáculos de Dios, hé aquí el asilo que la ley de gracia ofrece á todos los que experimentan las persecuciones del enemigo de la salud. Todos encontrarán aquí una protección segura y un socorro poderoso, porque aquí está el que es la fuerza del pobre, el apoyo del

débil en su aflicción, su esperanza en medio de la tempestad, un abrigo saludable contra el fuego de las pasiones.

5 Que el pobre entre en nuestras iglesias, que venga á confiar su aflicción á Jesucristo que conoce su dolor, y Jesucristo le consolará porque nada ha perdido de su ternura para con nosotros, ni de aquella solícitud con que alimentaba á las muchedumbres que le seguían hasta el desierto. Recordad que la constancia en seguirle llamó su atención, conmovió su corazón y alcanzó un prodigio de su omnipotencia. Si, Jesucristo tendrá piedad del indigente, se rendirá á su importunidad, no resistirá á su oración, y su Providencia compasiva abrirá su mano fecunda para consolar su infortunio, y si quiere probarlo aun le recordará que viajero sobre la tierra no tenia ni una piedra donde descansar su cabeza. El recuerdo de estos ejemplos divinos dará al desgraciado la fuerza para soportar las amarguras de su situación. Que el débil oprimido, que el inocente perseguido entren en nuestras iglesias, y al pié de los altares encontrarán la fuerza para luchar contra la tribulación, porque del Corazón de Jesus presente en nuestros tabernáculos, sale una virtud secreta que cura las llagas y cicatriza las heridas. Que vengan todos los atribulados á su lado y vuestros disgustos perderán su amargura, el desaliento hará lugar á la resignación, pensando que estais en la presencia de un Dios humillado, de un Dios perseguido, de un Dios obediente hasta la muerte.

6 Postrado el pecador delante del tabernáculo, si oye en el fondo de su conciencia la voz severa de un Dios irritado que le reprocha su crimen, la voz de un Dios víctima, hará oír en el fondo de su corazón los acentos de reconciliación y de perdon. Ah! Es la voz de José que consuela á sus hermanos y las augura contra el temor que les inspira su presencia. Pecador, parece decirle, cualesquiera que sean los escándalos de vuestra vida, venid á mis piés á llorar vuestros extravíos. Mi clemencia no espera mas que vuestros suspiros y la expresión de vuestro dolor para perdonaros. La vergüenza y el te-

mor detienen vuestros pasos, y hacen para vosotros de mi Santuario un objeto de terror; pero la vista sola del tabernáculo que me encierra os animará, porque el altar de la nueva ley no es el trono de mi justicia y de mis venganzas; pero aunque me hayais sacrificado á una culpable satisfaccion y vendido por cualquier dinero, vuestros ultrajes no han estinguido mi caridad hácia vosotros; yo soy siempre vuestro hermano.

7. Este lenguaje, señores, tan conforme á la idea que Jesucristo nos dá de su misericordia, debe atraernos á él en el Sacramento de su amor. Ah! Venid á él, almas muertas á la virtud y aspiraréis á sus piés una nueva vida; venid á él y escuchad sus reproches paternales, sus amorosas quejas, y las borrascas que han trastornado vuestro corazon harán lugar á la serenidad de una buena conciencia.

8. Admitidos en la presencia de Jesus, autor y consumidor de nuestra fe, pidamos á su Providencia, no los bienes de la tierra que hacen la dicha de unos cuantos dias, sino un beneficio mas grande, un don mas precioso, un tesoro que es el precio de su sangre: la conservacion de la fe en las familias. Roguémosle que nos escuche segun la grandeza de su misericordia, y segun la verdad de sus promesas á fin de que la sociedad no se precipite por las insondables soledades de la duda y del error, porque entonces ¿que será del error? ¡Ah! el hombre sin la antorcha de la fe dará un paso hácia atras buscando ciego en cada criatura un Dios, en cada divinidad un crimen y en cada crimen la barbarie. Pero no temais, señores, que tan terrible catástrofe se verifique entre vosotros: todavia tenemos aquí á este Dios formidable que, desarmado de los rayos de su justicia, está sentado en un trono de mansedumbre y de clemencia, recibiendo las adoraciones de un pueblo que viene á postrarse en su presencia. El corazon del filósofo y la fantasia del poeta todavia se sienten fuertemente conmovidos á la vista del amor y respeto con que le adora el pueblo fiel. No nos lo demuestra la dulce impresion que el Hijo de Dios sa-

cramentado produce desde ese trono de su amor? ¿Quién no siente una inspiracion sublime al mirar ese altar que inflamado por mil antorchas parece un nuevo firmamento donde el Rey de los cielos tiene su corte para conversar con los hombres? ¡Y quién al ver esas vestales que conservan el sagrado fuego; á esas veladoras que con sus lámparas encendidas interrumpen los nublados de la mañana y le saludan con el gorjeo de las aves al anunciarse la aurora, puede separarse de su presencia sin pagarle un tributo de reconocimiento y de respeto? Postrémonos ante el augusto Sacramento y llenos de fe, adoremos este misterio de piedad y de ternura, este emblema del amor divino, este poema consolador del cariño de un Dios, y pidámosle que su presencia no nos falte por los siglos de los siglos. Amen.